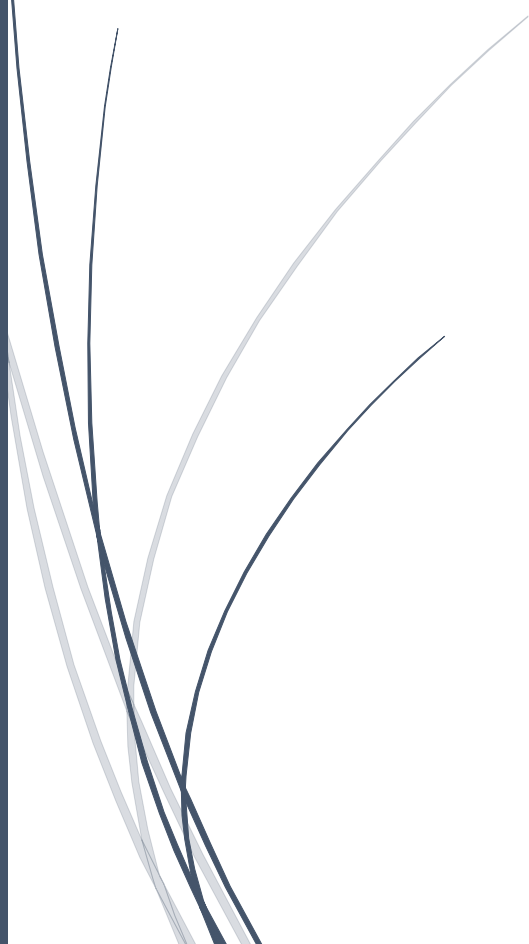


PARTICIPANTE: RELATO  
FLAMENCO 1

TÍTULO: Meritorio

SEUDÓNIMO: Floreo

CATEGORÍA: Relatos flamencos



## RELATO TEMÁTICA FLAMENCA

### MERITORIO

Era el mejor de los tiempos y a la vez el peor de ellos. Era una época de creencias y de incredulidad. Era una época de sabiduría y de cierta locura. Había días con mucha luz y otros llenos de tinieblas. Las primaveras eran de esperanza y los inviernos de desesperación. La gente lo poseía todo, pero en realidad no tenía nada... En aquella tarde invernal, en aquel instante y en aquel lugar pasaba en Torrecampo lo dispuesto:

Entre las ramas de un olivo, densas y cargadas de olivas negras se escuchaba de no muy lejos un cante que decía:

*Olivo te pusieron*

*verde tesoro*

*sudor de jornaleros*

*sustento de oro*

Era Frasquito el que entonaba aquella *pajarona*. Hombre trabajador y entrado en la cincuentena que tenía como profesión y único oficio ser jornalero. En aquel momento, Frasquito se hallaba recogiendo aceitunas en el campo con sus dos compañeros: Manuel y Agustín. En aquella escena también había mujeres que dobladas de rodillas sobre la áspera tierra se afanaban por hacer pequeños montículos con las aceitunas que los tres hombres tras el vareo del árbol, hacían caer al fardo. Corría la campaña de la aceituna del año 1961.

Esos eran los días de aquella gente, sucedían uno tras otro, sin prisa ni tampoco pausa. Al regresar del campo, Frasquito gustaba de traer siempre unos *pedacillos* de queso o algún trozo de tortilla de patatas. Sus nietos, expectantes a la llegada del abuelo a la caída de la tarde, se hacían de merendar con aquel valioso agasajo que según ellos, estaba delicioso.

Tras pasar por casa, Frasquito se disponía a tomar el vino en la peña *El tablaeo*. Lugar emblemático donde las tertulias de los convecinos oscilaban para todas partes: *que si el fútbol, que si la Casa Consistorial, que si el campo, el tiempo y la climatología, las lluvias, las cosechas, los aperos y por supuesto, el flamenco.*

Frasquito era un aficionado al flamenco desde su pronta juventud. Él nunca había podido ir al colegio debido a la crudeza de los tiempos y apenas ni sabía leer, mucho menos escribir. Pero de oído andaba sobrado y cuando en la peña algún *tocaor* lo animaba tras unos cuantos medios de vino, no tardaba en echarse al *tablaor* y entablar algún fandango. Por esas cosas lo conocía todo el mundo, por su buen carácter y su arte. Él se prestaba siempre a todo lo que se le presentara; unas soleares con la alegría de una reunión de amigos, a cantar una saeta al Cristo de la Ermita, una nana en el bautizo de sus nietos o un fandango en la peña flamenca en la que tanto disfrutaba.

Los entendidos del lugar y del tema, siempre le dijeron que era una pena el desaprovechamiento de su arte y de su voz. Frasquito sufría al escuchar este tipo de comentarios o aseveraciones, y tanto. *¿A caso él no hubiera querido dedicarse a ello? ¿Es que prefería levantarse antes que el propio sol y llegar a su modesta casa en la calle Pedrera con el cuerpo tullido?* ¡Claro que no! Pero la vida no le había sonreído, o sí, dependiendo de la perspectiva con que se mirase. Había criado a tres hijas y un varón. Su mujer, Conchita, era costurera y además se encargaba de mantener la lumbre en un hogar feliz. Su matrimonio era como los de antes: verdadero, intenso, pasional, ansiado y consumado. Los hijos le habían salido buenos, como se decía entonces. Su mayor, llamado Juan, en memoria de su abuelo paterno, faenaba con su padre en los terrenos de D. Narciso Manrique de Lara. Las mujeres, más pequeñas y con poca diferencia de edad entre ellas, se dedicaban al oficio de su madre las dos mayores, ya casadas, y la pequeña, aún soltera, estaba ennoviada con el hijo del maestro del *molino chico*, como lo llamaban. Frasquito ya era abuelo de tres criaturas que rondaban los 6 años de edad. Y esto último, según él mismo decía, había sido el regalo más grande de toda su vida.

Teniendo en cuenta las condiciones de antes, el trabajo, la dureza de la vida, la necesidad del subsistir y de mantener a una familia, el destino, las obligaciones y demás quehaceres, Frasquito no había podido iniciar ni tan siquiera aprender nada formal en relación al mundo del cante. A pesar de ello, entendía, y entendía bien. Tenía un timbre particular y lo más importante, un *quejío* que ponía la piel de gallina.

Presto siempre a participar voluntariamente allí donde se le solicitase, fue citado en día y hora para un encuentro con el entonces presidente de la peña flamenca Pepe Gómez, en el propio local. Pepe hizo que les pusieran dos copillas de vino de Montilla y comenzó a relatarle una idea. Se había producido en Torrecampo una desgracia mayor: la casa de la familia Pérez Ortiz había sufrido un incendio por culpa de unas ascuas que prendieron la

camilla. El incendio había destrozado toda la vivienda: mobiliario, tabiques, pertenencias, recuerdos, toda una vida... El padre de familia, Pedro Pérez, estaba desolado. Una cuñada se ofreció a hacerse cargo de sus tres pequeños hijos unos días y él y su mujer quedaron en dormir en casa de la madre de ésta mientras pensaban qué solución cursar. La expectación en la localidad era notoria y el pueblo entero se había volcado en llevar ropa, alimentos e incluso ofrecer cobijo temporal a la humilde familia azotada por la llegada de este infortunio.

Como era de esperar Frasquito se dispuso conforme y voluntarioso ante la petición de Pepe para su colaboración en el que se llamó poco tiempo después: Festival Flamenco Benéfico de la Villa de Torrecampo. En aquella primera ocasión, se celebró sobre unos tablaos improvisados en la Plaza Mayor del pueblo. El acto, dirigido por el entonces alcalde de la ciudad, fue sencillo y emotivo y se celebró en la tarde del domingo diecisiete de Diciembre. Se organizó pues, en una entrada en la que se explicó el motivo de aquella reunión benéfica (*que no era otro que el de recaudar fondos para echar una mano a aquella familia en la que la desgracia se había posado*), después intervino Frasquito, interpretando con su desgarradora voz un par de fandangos, unos cuantos villancicos flamencos y una bulería final que provocó la ovación de todo un pueblo. Para culminar tal honorable acto, se pasaron unas urnas de barro que a modo de alcancía, acogieron la voluntad de todo aquel que quiso y pudo colaborar con la causa.

Fue tal el eco que provocó aquel primer festival flamenco de la Villa de Torrecampo, que las felicitaciones llegaron al Consistorio municipal de todas las partes de España. Eran tiempos difíciles para todos pero sin duda, el corazón, la empatía y la solidaridad de un pueblo agricultor y pobre como aquél, removi6 más de una conciencia y más de una entraña. Los periódicos y la radio promovieron la noticia y el nombre de Frasquito, que en realidad era Francisco Serrano, fue apodado artísticamente por el Diario Córdoba como *Paco el Tiznao*. A él incluso le gustó, se sintió muy realizado y valorado. En las noches siguientes a la actuación, pensó para sí en numerosas ocasiones antes de dormir cómo era posible que alguien como él hubiera salido en el periódico y mucho más, que hubiera recibido tantas felicitaciones hasta de puño y letra de artistas flamencos como Fosforito, Manolo Caracol, la Niña de los Peines y hasta la mismísima Lola Flores.

Como en una nube, fueron pasando los días y Frasquito, o *Paco el Tiznao*, como lo llamaban sus vecinos en actitud bromista desde que había debutado de manera oficial y de aquella manera, continuó con su vida del laboreo y de tareas rurales a las que había

dedicado gran parte de su vida. Siguió viviendo que no era poco, con su mujer Conchita, sus nietos, su casa y su peña flamenca *El tablao*.

Pasó la mayor parte del año, y viéndose que tenía un gusanillo que no lo dejaba tranquilo, pidió citarse de nuevo con Pepe Gómez, el presidente de la peña. Frasquito, hombre humilde y sosegado, le comentó a Pepe, la idea que rondaba en su cabeza de volver a repetir aquel festival flamenco benéfico navideño, que tanta exaltación había causado en el año anterior y tanta ayuda sin duda había prestado a aquella familia necesitada de humanidad. Esta vez, Frasquito pensó que el beneficio podía otorgarse al comedor escolar en el que muchos niños almorzaban durante toda la campaña aceitunera mientras sus padres faenaban en los campos. Hasta se atrevió a plantearle a Pepe, previa autorización por su parte, contactar con Antonio Fernández Díaz, *Fosforito*, del que tenía la dirección personal porque de su propio puño y letra había recibido una felicitación el invierno anterior. A Pepe le pareció una idea fenomenal y juntos acordaron perpetuar el bonito nombre que en esta ocasión respondería a II Festival Flamenco Benéfico de la Villa de Torrecampo. Nunca se imaginaron que *Fosforito* aceptaría la invitación y participaría en aquel evento entonando seguidillas y martinetes como ningún otro. Por supuesto, Frasquito tuvo su cabida dentro del programa de aquella noche, y a él le encomendaron el entone de villancicos que él mismo escogió: *Niño Manué*, el *Piconerito Divino* y *Canasto de mimbre*. Un nuevo éxito absoluto. Las felicitaciones y los aplausos volaban cual aves sobre aquel más elaborado tablao, esta vez dispuesto sobre la escalinata que accedía al Consistorio municipal. La audiencia en esta nueva edición fue mucho mayor, las calles aledañas que daban a la Plaza Mayor se atoraban de gentes de todo el pueblo, de cualquier barrio, de zagales que correteaban y no dejaban tranquilas a sus madres. Hasta *Perico*, el turroneo, osó de poner un *puestecillo* de turroneo de almendra en una esquina fronteriza.

Qué feliz se sentía Frasquito. Él, a su edad, nunca había imaginado poder ser tan dichoso. Aquello se convirtió en una tradición cada año. La gente ansiaba con ganas que llegase el festival flamenco adjudicado al duro y a la vez dulce mes de diciembre. Lo de benéfico, continuó a su lado siempre. Cada año el destino del dinero recaudado se dirigía a alguna causa necesitada: en la tercera edición se dispuso para la casa de ancianos de San Antón, en la siguiente para la construcción de una escuela de adultos que enseñaría a leer y escribir a tantas personas mayores del pueblo que no gozaron de ese aprendizaje, en la cuarta para conseguir material ortopédico para el consultorio de salud de la localidad que

sirviese a todos los vecinos torrecampeños. Y así sucesivamente hasta la edición del XXI Festival Flamenco Benéfico de la Villa de Torrecampo, cuyo cartel se anunciaba así:

<b>XXI FESTIVAL FLAMENCO BENÉFICO</b>		
<b>«Paco el Tiznao» Villa de Torrecampo</b>		
<b>Organiza: Ayuntamiento de Torrecampo y Peña Flamenca El Tablao Teatro Mayor de Torrecampo</b>		
<b>19 de Diciembre de 1981 ◆ 19 horas</b>		
<b>Al Cante:</b>		<b>Al Baile:</b>
<b>FOSFORITO Roque Montoya (JARRITO) PERLITA DE HUELVA</b>		<b>Grupo POTAJE FLAMENCO Familia MONTAYA</b>

En efecto, Frasquito o *Paco el Tiznao* había fallecido hacía ya dos largos años. Su muerte había sido esperada tras un período de enfermedad aguda que le dejó sin apenas poder hablar. Se fue siendo feliz y habiendo logrado que aquel Festival Flamenco Benéfico se convirtiera en un referente en Andalucía. Al acto, en sus diversas ediciones, asistieron artistas de la talla de Juanito Valderrama, Fosforito, Jarrito, la Perlita de Huelva, Enrique Morente y un sinnúmero de personajes notorios de la esfera flamenca. El festival a día de hoy, no ha perdido su carácter benéfico, siempre destinado a aquellos que más lo necesitan, porque así lo quiso uno de sus fundadores: Frasquito. Él hizo su sueño realidad, compartió escenario con los grandes de los grandes, se fotografió, tuvo autógrafos y dedicatorias personales. Disfrutó como un niño pequeño de cada nueva edición, le mantuvo vivo. Por circunstancias vitales que le tocaron no pudo dedicarse al cante flamenco ni demostrar su desgarradora voz al toque de las guitarras que saben serlo.

Gracias a él, el Festival Flamenco Benéfico de la Villa de Torrecampo, ahora añadido su nombre, in memoriam, alcanzó una fama nacional que no dejaba indiferente. Gracias a su talante, a su capacidad organizativa, a sus contactos establecidos y a su sangre flamenca logró también el impulso de la Casa del Flamenco, en Torrecampo, escuela donde niños y mayores, podían aprender lecciones de guitarra flamenca, de baile y de cante.

Este es el gran legado de Frasquito, que, aunque prácticamente analfabeto por la inclemencia del destino y de los tiempos, supo hacerse hueco y escribir su nombre en la historia flamenca de su tierra. Esta es la historia de un pasado, que no olvida ni posterga, y que permanece siempre en el más profundo y respetuoso silencio de los lugares meritorios.

---

**RELATO: MERITORIO**

**TEMÁTICA FLAMENCA**

**AUTOR: Floreo**